

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells y Garcia, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Miércoles 21 de Junio.

El Eco de Cartagena

La Iglesia de Zaragoza.

El Sr. Gonzalez en su primer artículo de 4 de Enero último, titulado «Cartagena ante la tradicion y ante la historia» contestando á mis apuntes históricos y artísticos sobre la antigua catedral de esta ciudad, hace la siguiente pregunta, á la que él mismo dá una respuesta en alto grado dubitativa: «¿Podrá asegurarse que la iglesia de Zaragoza, moralmente considerada, y no hablamos del templo del Pilar ó de las paredes del templo, sino de la iglesia en el sentido místico, esto es, de la congregacion de fieles, sea la mas antigua de España?» Por mi parte no dudo en contestar de una manera categórica, que bajo el punto de vista histórico ni tradicional, ni Zaragoza, ni Cartagena, ni poblacion alguna de la Península, pueden ofrecer tal seguridad de un modo incontestable, por falta absoluta de documentos auténticos del siglo I de nuestra era y de los mas inmediatos siguientes. Pero sino es posible fijar esa prioridad á favor de la ciudad siempre heroica, si se puede afirmar con numerosas pruebas que la iglesia de Zaragoza, como congregacion de fieles, es una de las mas antiguas, de las mas ilustres y gloriosas de nuestra patria.

Desde luego, salta á la vista, que una vez admitida la fundacion de la capilla del Pilar por el apóstol Santiago y sus discípulos, es forzoso admitir tambien una congregacion de fieles, en muy corto número si se quiere, que sostuvieran el culto y adorasen en la virgen de la columna, mientras el apóstol estuvo en Zaragoza y despues que la abandonó. Aparte de esto, se sabe por la carta 68 de San Cipriano, que á mediados del siglo III, ademas de las sillas de los siete apóstólicos, se contaban la de Toledo, Mérida, Zaragoza y otras; y que al concilio de

Eliberi ó Elvira, que hoy se cree ser Granada, celebrado á principios del siglo IV, asistió S. Valero obispo de Zaragoza, desterrado de ella durante la persecucion de Diocleciano, sin que en aquella carta ni en este concilio se haga mencion de ningún obispo de Cartagena, y sin que esto quiera decir tampoco que esta ciudad no tuviese silla episcopal en aquel tiempo. (1)

Mas para apreciar los copiosos frutos que produjo en Zaragoza la buena nueva traída por Santiago, basta fijarse en el prodigioso número de mártires que sellaron allí con su sangre la doctrina de Jesus, número de mártires tan grande que desde hace muchos siglos se les conoce por los innumerables y la ciudad que los produjo merece que San Isidoro la denomine la mas ilustre de España, por los sepulcros de sus mártires, y el cardenal Baronio metrópoli de mártires.

Aquellos triunfos alcanzados por los oprimidos, á costa de su sangre, de sus tiranos opresores, arrancaron en el siglo IV de la dulce lira del tierno y apasionado poeta Aurelio Prudencio, hijo de Zaragoza segun la opinion mas admitida, aquellos acentos entusiastas y apasionados que han sido desde entonces y son hoy dia la admiracion de los hombres sagrados y profanos. «Cuando el Señor el dia, del juicio, exclama, venga á juzgar al mundo, olla (Zaragoza) sobrepujara á todas las otras juntas, mereciendo por esto mayores esplendores de gloria; el Santo Angel pondrá ante el trono del Eterno, á Optalo y sus diez y siete compañeros, á la inocente y bella Eugracia, que sobrevivió á la muerte mas cruel que pudo imaginar un tirano, á los innumerables mártires traidora y vilmente asesinados al abandonar la ciudad de orden del cruel Daciano; presentará la estela del diácono Vicente, enrojecida con su preciosa sangre: la misma Roma que, como reina de todas las ciudades, se vé sentada en

(1) Historia sagrada del P. Florez.—Tomo III, capítulo IV.

el supremo sòlio de la tierra, es muy poco lo que en esto sobrepuja á Zaragoza á la que el poeta considera predestinada á las coronas del martirio.» La ciudad cuya sangre cristiana ha inspirado este y otros himnos tan hermosos, cuenta con una gloria que no puede ofrecer ninguna otra de España, porque ninguna de ellas tiene un cantor tan delicadamente sublime.

No se distingue menos la ciudad siempre heroica por sus esclarecidos obispos. Casto asiste en el siglo IV al concilio de Sardica, confirma con los otros padres la inocencia de San Atanasio y el simbolo de la fé del concilio de Nicea; San Valero prefiere morir en glorioso destierro á suscribir á los desiguos de autoridades despóticas, mientras su diácono Vicente con su carne ensangrentada y sus miembros destrozados asombra al mundo, que por boca del gran S. Agustin, entona en su loor las mas entusiastas alabanzas. Máximo, en cuyo tiempo se celebró el concilio segundo de Zaragoza, merece como historiador y como poeta las alabanzas de San Isidoro; el insigne Braulio, versado en las ciencias sagradas y profanas, asiste á los concilios quinto y sexto de Toledo; es escogido por su saber y virtud para que redacte sus canones; es el consejero de los reyes, San Isidoro le honra con su amistad y le encarga la revision de su libro de las Etimologías. Su sucesor Samuel Tajon, enviado siendo aun monge á Roma por el Rey Chindasvinto en busca de los libros morales de S. Gregorio, escritor de cinco libros de Sentencias, asiste á los concilios octavo y noveno de Toledo.

A esa sangre tan abundantemente vertida por los hijos de Zaragoza cristiana, á esas eminentes dotes de sus esclarecidos obispos, á ese entusiasmo tan apasionado de su gran poeta, debe aquella ciudad ilustre esa ardiente fé, esa inquebrantable heroísmo, que produjeron las memorables hazañas de sus dos sitios inmortales, y esa suntuosa y elegante restauracion interior de su

magnífico templo del Pilar, verificada en nuestros dias. Se nos tachó á los aragoneses y mas particularmente á los zaragozanos de que somos fanáticos por la Pilarica; de que para nosotros no hay nada en el mundo mas que nuestra Virgen del Pilar. Es verdad, tenemos el grave defecto del entusiasmo religioso en estos tiempos de frio indiferentismo, pero esto consiste en que abrigamos un corazon jóven y apasionado.

Nosotros que hemos nacido en una ciudad, cuyos pies besan un caudaloso rio, el Ebro de las arenas de oro y tres modestos rios, el Huerva, el Gallego y el Jalon; cuya alfombra es una extensa campiña que podrá tener rivales que la sobrepujen en frondosidad, Valencia, Granada, Murcia, pero no en la fuerza, en el sabor, ni el aroma de sus frutos; que cuenta como trofeos la acibillada puerta del Carmen, las ruinas de los conventos de Jesus, de San Lázaro, de Santa Engracia y tantas otras que nos recuerdan el heroísmo de nuestros padres; una ciudad que tiene por sendas un canal que lleva casi tantas aguas como un gran rio; y como refugio de oracion un templo gótico, si no de primer orden, bastante misterioso para inspirar cuando se penetra en él un piadoso recogimiento: nosotros los zaragozanos no nos envanecemos tanto de todos estos dones como de poseer dentro del recinto de nuestra ciudad querida á nuestra Sra. del Pilar.

¿Porqué tal entusiasmo? ¡Ah! cuando concentrándonos fuertemente en nosotros mismos pensamos que la modestísima capilla de ocho pies de largo por diez y seis de ancho, edificada por las propias manos del apóstol Santiago y de sus primeros discípulos, en que se cobijó primero aquella sagrada imagen, aquella jaspeada columna, que nosotros adoramos, traída por los ángeles, segun nuestra creencia, en vida de Maria, ha llegado á ser á través de furiosas persecuciones, de guerras sangrientas y de ardientes luchas civiles, gracias al vehemente anhelo, á las fervorosas oraciones y